

La mente medieval (1)

Hunter Guthrie, S. J.

Ex-Rector de la Universidad de
Georgetown, (Washington), EE. UU.

El gran filósofo francés, Henri Bergson, comenzó su última y notable obra **Las Dos Fuentes de la Moral y de la Religión** con la frase: "Su memoria y la mía, así como la de la humanidad, no guardan ningún recuerdo más antiguo que el de la fruta prohibida". Sin embargo, el hombre moderno no se preocupa mucho de Adán y sus transgresiones. En esto difiere de sus antecesores medievales. Hoy ninguna personalidad moderna representa de una manera adecuada el ideal, como Adán lo fue para la Edad Media. Adán fué el prototipo del hombre medieval, y su mente el prototipo de la mente medieval.

Esta mente tuvo, como fuentes de conocimiento, las experiencias sensoriales y las ideas que se llamaban respectivamente el libro exterior de las criaturas y el libro interior de las ideas divinas. Este último es conocimiento intuitivo, procedente directamente de un almacén de ideas, y aquél, conocimiento conceptual derivado de los sentidos.

Cuando un escultor crea una estatua forma una idea o una imagen en su propia mente. También, podemos decir que Dios planeó la creación, con ideas ejemplares de las cosas que tuvo intención de hacer. A la medida que Adán las podía entender, Dios sembró estas ideas en su mente.

Al confrontar estos dos tipos de conocimientos, lo lógico es subordinar el conocimiento humano al conocimiento divino, averiguar primero lo que quiere Dios por la creación y después concordar las ideas y deseos humanos con los suyos. Así pensaba Adán durante sus tranquilos años en el Jardín del Edén. Después vino la caída cuando Adán se decidió a leer solamente el libro de las criaturas. Los resultados de esta elección fueron tan desastrosos que Dios tuvo piedad del hombre y reemplazó el libro de ideas divinas con el libro de las Sagradas Escrituras. Todo el esfuerzo in-

(1) Resumen de la conferencia dictada en el Paraninfo de la Universidad Nacional, el 3 de Noviembre de 1954.

telectual de la Edad Media estuvo dirigido a reemplazar el perdido conocimiento intuitivo de ideas divinas de Adán con una sistematización científica del libro de las Sagradas Escrituras.

Es imposible repasar en forma extensiva esta noche el esfuerzo hecho para sistematizar el libro de las Escrituras puesto que sólo tenemos interés en la fase de ese esfuerzo en lo tocante a la relación del libro inspirado de la Biblia con el libro de las criaturas o el de la creación. La buena nueva del evangelio hizo un impacto en los cristianos primitivos tan grande como si se hubiera devuelto repentinamente el libro de las ideas divinas a un Adán penitente. A su luz, los hombres se inclinaron a considerar el libro de la creación como algo insípido y de lectura por cierto engañosa. Además este libro ofrecía menguado consuelo para los años de la ancianidad.

Al contrario, el mensaje escriturístico de San Pablo parecía resolver el problema. Muchos de los cristianos primitivos querían revertir la elección de Adán, y dedicarse exclusivamente a las Escrituras. Adán en su orgullo rehusó uno de los dos libros que Dios regaló al hombre para su instrucción y salvación, y ahora algunos de los cristianos primitivos, con orgullo igual, rehusaron el otro y pecaron por exceso.

El problema principal que enfrentaron los primeros Padres de la Iglesia fué el de sistematizar científicamente las enseñanzas de las Escrituras con la enseñanza oral de Cristo. Iba a establecerse como un cuerpo de doctrina que reemplazaría y trascendería a las ideas innatas que Dios inspiró a Adán.

La sistematización ha sido presentada con espíritu criticista como la Helenización de la Cristiandad, debido a que escritores cristianos primitivos usaron los términos filosóficos griegos al formular la enseñanza de Cristo. Los primeros y tal vez los ejemplos más clásicos se encuentran en el prólogo de San Juan a su Evangelio: "En el principio fué el Verbo..." El término "Verbo" mantiene un puesto honorífico en la filosofía griega tanto como en la tradición judía en donde es la personificación de la sabiduría.

Aunque la acusación de la Helenización de la Cristiandad ha sido formulada repetidas veces, lo ha sido sin fundamento serio; más bien está basada en una interpretación gravemente deformada de la naturaleza del don que reemplazó el conocimiento intuitivo de Adán.

El conocimiento intuitivo es interior, concreto e individual. Por su propia naturaleza trasciende la universalización necesaria para la construcción de una ciencia. El conocimiento conceptual es exterior y está elaborado de una serie de juicios que están compuestos de dos o más términos. Todo esfuerzo en sostener que el libro de las Escrituras o la enseñanza oral de Cristo son característicamente intuitivos, o sentimentales, o privados o exclusivos, está basado en falsas premisas. No son intuitivos porque no son innatos; ambos tienen que estar comunicados y estudiados. No son fundamentalmente sentimentales porque tanto el sentimiento, como el amor, requieren un objeto conocido antes del acto. Ni tampoco son priva-

dos por dos razones: primero, por la naturaleza del conocimiento que no es innato sino que tiene que ser comunicado. Segundo, por una positiva legislación de Cristo quien fundó y organizó la sociedad llamada Iglesia. Y por último no son exclusivos en el sentido de que el hombre tenga que abandonar la razón o el libro de las criaturas. Esto sería el pecado de Adán al revés. La razón tiene que y debe de dirigir al hombre hacia Dios. San Pablo en su epístola a los romanos enseña que el hombre, al no hacerlo así, es "inexcusable". Por tanto el nuevo don de la Sagrada Escritura y de la ciencia cristiana exigían un desarrollo social y científico.

Los primeros Padres de la Iglesia tenían conciencia del problema de la vestidura externa del nuevo don. Se les dió el encargo de predicar la verdad a todos los pueblos y a todas las naciones. El idioma intelectual del mundo era el griego y sus instituciones eran romanas. San Pedro estableció la Iglesia en Roma y sus teólogos comenzaron a predicar la buena nueva en griego, pues el griego era el idioma que todos entendían.

El principio fundamental era que Dios deseaba que todos sus hijos se aprovecharan de los medios más conducentes para extender su reino por todas partes.

A fines del siglo segundo y la primera mitad del siglo tercero, Clemente y Orígenes ya habían dado forma considerable a este nuevo cuerpo de doctrina. Esto se hizo en la famosa Didascalion, en Alejandría, la patria de la teología cristiana y el prototipo de todas las universidades futuras occidentales. Orígenes, en su obra principal **De Principiis** distinguió entre las verdades del libro de la Sagrada Escritura y las del libro de la creación. Estas fueron elaboradas bajo la magistral dirección de Clemente quien estableció el principio-guía del esfuerzo de once siglos de pensamiento medieval: El libro de las Escrituras debía guiar al hombre en su lectura del libro de la creación, mientras que éste a su vez debe ayudar y engastar a aquel. De Clemente es la frase: "La fe debe conducir al entendimiento". Cuando los latinos adquirieron la hegemonía del pensamiento en el Oeste, adoptaron su principio. Desde San Agustín hasta Santo Tomás "La fe que trata de entender" compendia su búsqueda intelectual.

San Agustín dió su contribución al pensamiento colectivo de la cristiandad al final del siglo IV y a principios del siglo V. Nunca hubo otra mente humana que influyera más en la historia del pensamiento que la suya. Los elementos principales de su contribución son los siguientes: El hizo que la comunidad internacional cristiana fuera consciente de la primacía absoluta de Dios y la primacía relativa de lo espiritual sobre lo material. Era más importante la salvación del alma que el acumular riqueza, honores o poder. Por eso, el elemento primordial de investigación en cualquier campo, era la relación del objeto a Dios. Por ejemplo, en Ontología: La realidad verdadera no consistía en la manera como un objeto aparecía al observador, sino más bien en la proporción en que el observador era capaz de reproducir en sí mismo la relación de ese objeto a Dios. La relación de una cosa al observador era importante únicamente en la medida en que el observador pudiera usar del objeto para Dios o referirlo a Dios. La relación de una cosa a sí misma, en que consiste casi exclusivamente la preocupación de las investigaciones modernas, no tuvo importancia para San Agustín.

San Agustín creyó hacer uso de los tesoros de su brillante educación en orden a ayudarse en el estudio de Dios. Para este fin usó de la sabiduría pagana cuando y donde la encontró útil. A la muerte de San Agustín, en 430, estaban ya cimentados los más grandes problemas de la teología y la filosofía católicas. Faltaban algunos detalles y una considerable sistematización. Este fué el trabajo de los sucesores de San Agustín.

Debido a las persecuciones romanas, la Iglesia pasó las tres primeras centurias en las Catacumbas. Las tres siguientes centurias debían de transcurrir en los monasterios y en los capítulos de las Catedrales, preservando sus tesoros intelectuales y la herencia pagana de las incursiones de los bárbaros. Poco se pudo progresar durante este período fuera de la cristianización de los bárbaros. Los primeros destellos del nuevo día intelectual llegaron en el Siglo IX, con Carlomagno.

La principal figura en este renacimiento fué Juan Escoto Erígena quien introdujo la importante doctrina de Pseudo Dionisio el Areopagita. Esta doctrina tenía tres características: 1) Era racionalista, al tender a equiparar el conocimiento derivado del libro de las criaturas con el derivado de las Escrituras. 2) Hacía hincapié en ciertas tendencias Neo-Platónicas de la tradición agustiniana, por ejemplo: personalizaba las ideas ejemplares convirtiéndolas en “universales ante rem”, es decir, universales precedentemente a su realización. 3) Producía una atmósfera mística y algo dañina en teología por medio de la distinción entre una teología positiva que era simbólica y una teología negativa que era real.

El siguiente período, empezando con San Anselmo de Canterbury, que nació en 1033 y murió en 1109, señala un renacimiento del siglo XII y el comienzo de la Alta Edad Media. Anselmo es comunmente llamado el Padre de la Escolástica y, puesto que ésta es la personificación de la mente medieval, merece que nos detengamos en ella un momento.

Escolástica es la teología y filosofía católica adaptada a objetivos escolares por medio de la sistematización de su materia y la presentación dialéctica de sus tratados. De aquí que la teología haya hecho uso primordialmente de la gramática como de un instrumento de análisis. La estructura del pensamiento fué aplicada al amor y a la devoción.

Sin embargo, en este tiempo, la teología llegó a estar dominada por el análisis de los términos y las proposiciones. Anselmo desarrolló una prueba para la existencia de Dios partiendo del análisis de la noción del “perfecto ser”, pero su pensamiento, en general, aún era primordialmente devocional.

Un fenómeno interesante empezó a aparecer en los círculos escolásticos por este tiempo. Los centros de enseñanza en aquellos días eran dos: los monasterios y los cabildos catedrales. La educación en los monasterios era primordialmente para los monjes, en las catedrales para los clérigos diocesanos. Los monasterios estaban generalmente aislados en regiones protegidas, mientras que los cabildos catedrales estaban en las ciudades. Los seglares acudían a estos. Su programa de estudios empezó a incluir el de las leyes y la medicina, además del de las artes (filosofía) y la teología. Estos

cabildos fueron el núcleo de los cuales se formaron las grandes universidades en el siglo siguiente. Pero el espíritu de la Escolástica experimentó un cambio en esta atmósfera.

Bajo el impacto de una figura como la de Abelardo, que enseñó en las escuelas catedralicias, y debido a su preocupación por la dialéctica recientemente descubierta de Aristóteles, la teología habló al entendimiento más que al amor. De un análisis de términos y proposiciones llegó a convertirse en una teología de **problemas**. El libro de la creación empezó a ganar importancia. Además, el estilo ya no era literario, sino que técnico y bárbaro. Las escuelas monásticas cedieron menos rápidamente a este cambio, pero cuando las grandes universidades empezaron a dominar el pensamiento de Europa, aún ellas no pudieron sustraerse a su influencia.

El Siglo XII fué principalmente importante por sus esfuerzos en producir un libro de texto de teología. El primer intento cronológico fué el libro de Abelardo **Sic et Non**, "Sí y no", que resultó demasiado dialéctico, demasiado personal. Después los Victorianos, Hugo y Ricardo, trataron de hacerlo, pero sus esfuerzos llegaron a ser desiguales en sus resultados: ciertas secciones de la teología se extendían demasiado a costa de otras. Finalmente Pedro Lombardo produjo un trabajo tan satisfactorio que los **Escritos y Máximas** de Pedro Lombardo fueron los manuscritos de texto perennes por unos cinco siglos hasta que la Compañía de Jesús tuvo el privilegio de establecer la **Summa** de Santo Tomás, como el texto normal de teología, en las universidades de Europa, en el siglo XVI. La principal contribución de Pedro Lombardo fué la de dividir la materia de la teología en tratados lógicamente distribuidos y la de relacionar las enseñanzas de los Padres de la Iglesia con la materia de cada tratado.

El siglo XIII, aun sumariamente considerado, trasciende los límites de una conferencia. El crecimiento y las organizaciones de las universidades, dan materia de por sí para una conferencia; la fundación de los Frailes mendicantes, los Franciscanos y los Dominicos, y su influencia en el pensamiento de Europa, podría ser el tema de otra. Me contentaré con terminar esta charla con una descripción de la lucha entre dos gigantes intelectuales, Santo Tomás de Aquino y Aristóteles. Esta fué una lucha a muerte entre el libro de las Escrituras y el libro de la creación. Desde aquella gran lucha hasta nuestros días, el mundo quedó dividido entre ellos.

Hasta entonces, la tradición agustiniana había sostenido que la razón era competente para leer el libro de la creación, pero necesitando de la mano fuerte de la fe para apartarla de perderse en asuntos que no concernían a la eternidad y a las cosas del espíritu. Además, la razón y su libro de la creación, fueron de poca ayuda para la fe en su trabajo de profundizar en el libro de las Escrituras. Como, según un principio neoplatónico, una facultad inferior no puede sobreponerse o afectar a una facultad superior, la relación entre la fe y la razón prácticamente quedó en un callejón sin salida. La fe ayudó a la razón, pero la razón no pudo ayudar a la fe.

Por fin, el descubrimiento de los trabajos de Aristóteles a fines del siglo XII y a principios del XIII, revelaron una metafísica asombrosamente completa y bien articulada. Ciertos teólogos aplicaron algunos de estos principios metafísicos a uno o dos problemas que tenían divididos a los teó-

logos, con el resultado de que las partes enigmáticas puestas en su lugar ofrecieron algo inteligible y ortodoxo. Aparentemente la razón podría lograr más de lo que se pensaba.

Averroes, el comentarista árabe, sostenía, como Aristóteles, que la razón era la señora de la casa mientras que la fe no era más que una pobre relación. Los partidarios de Averroes llegaron a conclusiones contrarias a las enseñanzas de la fe, por ejemplo, a la eternidad del mundo, la negación de la inmortalidad de la persona y de la divina providencia. Pensaban que la razón expulsaría finalmente a la fe apoderándose de toda la casa y así sucedió para con la mitad del mundo, y el pecado de Adán volvió a repetirse en sus hijos hasta nuestros días.

Santo Tomás propuso otra solución distinta. Recordó que ambas, la fé y la razón, el libro de las Escrituras y el libro de la creación, fueron en su origen dones de Dios. Ambas le fueron dadas al hombre para cumplir su destino. Los partidarios de Averroes se equivocaban al pensar que un don de Dios podría contradecir a otro don del mismo Dios. Por otra parte los agustinianos tenían razón al pensar que la razón es una ayuda. Su único error consistió en subestimar el valor y el servicio de la razón. La razón no es simplemente un instrumento dialéctico o un instrumento lógico. También es capaz de discernir la estructura interior de la naturaleza en sí misma. Y el entender o penetrar en la estructura de la naturaleza es indispensable para entender la gracia por medio de la fe, porque la gracia no destruyó la razón, sino que la perfeccionó hasta hacerla hija de Dios.

Santo Tomás triunfó, pero su victoria se ha visto desplazada. Muchos hombres, como Adán, han caído en la soberbia de sentirse "dioses, conocedores del bien y del mal".

Pasó la Edad Media, pero su espíritu, su mentalidad, la tenemos concretada en las catedrales góticas.

Al estudiar la estructura gótica en detalle, uno se da cuenta que su ornamentación representa las artes y las ciencias, la naturaleza y las virtudes morales e intelectuales. Allí están el fabricante de candelas junto al sabio. Aparece la belleza de las criaturas en su éxtasis esplendoroso. Hay allí dignidad, majestad, paz y oración. Allí la criatura se encuentra ya libre de la servidumbre y de la corrupción.

Ahora, sin fijarnos en detalles, miremos todo el conjunto y veremos que todo él se ha concentrado sobre el tabernáculo en donde mora Cristo, el Autor del libro de Escrituras y del libro de la Creación. Estando allí Cristo, el Dios-Hombre, uniendo en su Persona las lecciones de ambos libros, la catedral es un templo vivo de adoración, que tiene una finalidad, en donde nacen los hombres para la vida sobrenatural, en donde se casan y en donde son sepultados para el descanso eterno. Si se remueve a Cristo del sagrario, si se sacan las Escrituras del lugar que les corresponde con nuestra manera de vivir, no tendremos ya un templo donde la vida encuentra su destino, sino un museo, donde los turistas pueden bostezar con sus guías, copiar obras maestras, hacer investigaciones científicas y salir tan ignorantes como lo fueron al llegar, porque perdieron de vista a la Persona cuya doble naturaleza pudo dar un significado, una unidad y un propósito a su dualidad de carne y espíritu y una contestación a sus problemas.